

La contribución de los terceros *Annales* y la historia de las mentalidades. 1969-1989*

*Carlos Barros Guimerans***

Lo primero que quería hacer son tres anotaciones al título. Creo que habría que sustituir la conjunción copulativa y por la tercera persona del presente de indicativo del verbo *ser*; “la contribución de los terceros *Annales* es la historia de las mentalidades”. La segunda nota es que cuando limitamos la vigencia de los terceros *Annales* entre los años de 1969 y 1989, yo no creo estar muy seguro de que el límite más

próximo (1989) sea correcto, porque a finales de ese año la dirección de *Annales* abrió un debate conocido como el *tournant critique* cuyo desenlace final en realidad no sabemos todavía cuál va a ser; otra cosa es a lo que aspiremos.

Quizá sea prematuro hablar pues de unos cuartos *Annales*. En todo caso, tendremos la oportunidad, después de mi intervención, de conocer al respecto una opinión directa tan calificada como la de



IZTAPALAPA 36

ENERO-JUNIO DE 1995, pp. 73-102

* Transcripción revisada y ampliada, con inclusión de notas, de la conferencia dictada en el Coloquio Internacional “Los *Annales* en perspectiva histórica (México, 1992).

** Profesor en el Área de Historia Medieval de la Universidad de Santiago de Compostela, España.

Bernard Lepetit.¹ Por lo tanto, mientras los directores de *Annales* —si no su entorno más amplio, la École d'Hautes Études en Sciences Sociales— no asuman de algún modo que entran en una cuarta etapa de su historia como escuela historiográfica, habrá que pensar —es mi punto de vista— que los terceros *Annales* siguen hasta cierto punto vigentes, aunque en este momento ya no se pueda decir que el paradigma unificador es la historia de las mentalidades, al constatarse una manifiesta diversificación temática hacia atrás. Digo hacia atrás porque, sin dejar de lado la historia de las mentalidades, se está recuperando la historia económico-social, de ahí el sentido del retorno de Braudel que viene planteando Carlos Aguirre; y más hacia atrás todavía, porque están retornando con fuerza las historias tradicionales: biografía, historia política, historia narrativa, historia *événementielle*, historia militar, historia diplomática. Recuperaciones que tienen implicaciones de orden metodológico y hasta si se quiere epistemológico.

En resumen y afinado más el tiro: los *Annales* que principian formalmente en 1989 y que concluirán ya veremos cuándo, son claramente unos *Annales* de transición que se mueven aún bajo la batuta de los terceros *Annales*, entre otras cosas porque la dirección de la revista en lo fundamental no se distingue mucho de la que en 1969 fundó su tercera fase, a pesar de las cooptaciones que han tenido lugar en los últimos veinte años.

La tercera anotación sobre el título de la conferencia que se me ha asignado en este Coloquio es la virtual significación de las fechas límite: 1969, el año que sigue al emblemático 68 francés, y 1989, el

año en que comienza la caída de los regímenes “socialistas”. ¿Qué tienen en común estas dos fechas, el viejo 68 que se extiende por todo Occidente y coincide con la primavera de Praga, y el más reciente 89 focalizado en el Este europeo? Puesto que son fechas clave en las que observamos al sujeto de la historia en acción, son los dos momentos de la segunda mitad del siglo XX en que podemos afirmar taxativamente que la historia la hacen los hombres, o incluso que la historia la hacen las masas. Ahora bien, el signo de la acción del sujeto es distinto en el 68 y el 89, recordemos el sentido anticapitalista del Mayo francés y observemos el sentido procapitalista del movimiento restaurador de la democracia en los países del “socialismo real”. Al ser la historia de las mentalidades una visión de la historia que toma como punto de partida al sujeto, estamos convencidos de que alguna relación directa y/o indirecta ha de tener su auge en la dimensión subjetiva de los momentos 68 y 89, y muy especialmente en el clima mental e intelectual de los años de “reacción” inmediatamente posteriores...

Voy a intentar en mi conferencia convencerlos del alcance de la contribución de los terceros *Annales*, es decir, del alcance que tiene para la historiografía mundial de la contribución de la historia francesa de las mentalidades, en los años setenta y noventa en general, y en determinados países —como España y México— todavía en el presente; después hablaré también de aspectos que, en relación con lo anterior, juzgo de interés de la génesis de la historia de las mentalidades en Francia.

Siempre hablo desde fuera de Francia, y desde Europa en relación con vosotros. No es fácil escapar

de la prisión mental eurocentrista; cada vez que uno de nosotros expone ideas historiográficas aquí, en América Latina, debéis tener muy en cuenta vuestra propia realidad, que está sujeta a contextos y sigue ritmos diferentes de los de Europa, de donde podéis recibir lecciones pero también darlas, pero, en fin, todo esto lo sabéis vosotros mejor que yo...

Los setenta y ochenta constituyen el periodo de máxima influencia de la escuela de *Annales*, tanto nacional como internacionalmente, y no es para nada casual que dichos años sean, simultáneamente, la época de esplendor de la historia de las mentalidades. Digo que es el periodo de máxima influencia nacional porque son los años en que *Annales* se consolida como escuela historiográfica hegemónica en Francia, creando unas instituciones² y “conquistando” otras; e internacionalmente, porque no sólo genera directamente procesos de renovación historiográfica (lo cual es asimismo característico de los primeros y de los segundos *Annales*), sino que, durante los terceros *Annales* la influencia internacional de la *nouvelle histoire* deviene más rica y bidireccional que la simple promoción de imitadores en otros países. Los *Annales* alimentan y animan, en países de historiografías maduras, líneas de investigación que no son un remedo de la historia de las mentalidades, sino orientaciones de investigación próximas, paralelas, que diseñan su propio perfil y suelen mantener puntos de vista críticos hacia la historia de las mentalidades seguida por los *Annales*, apoyadas casi siempre, de forma más o menos directa y explícita, en el materialismo histórico, que mantuvo y hasta incrementó su influencia académica en el mundo anglosajón, al tiempo que caía en

picada en Francia, como bien ha analizado Perry Anderson.³

Por ejemplo, en el caso de Gran Bretaña podríamos rastrear múltiples huellas del influjo (a menudo sujeto a una dura reprobación, pero no por ello menos real, o quizá por ello más real) de la escuela francesa de historia de las mentalidades sobre la antropología histórica inglesa, disciplina que proviene de una larga tradición que, desde K. Thomas, pasa a la síntesis que ponen en práctica —entre historia social y antropología—, E. P. Thompson, E. J. Hobsbawm, G. Rude. La historia francesa de las mentalidades ha impulsado esta tendencia original de la *labour history* británica a integrar en sus análisis, de forma no mecánicamente subordinada, la cultura tal como la entienden los antropólogos (y que por tanto abarca lo mental colectivo).⁴

En Estados Unidos la influencia sobre la historia tradicional de las ideas y de la cultura fue, si cabe, mayor. Dos historiadores vinculados por sus investigaciones con Francia, Nathalie Zemon Davies y Robert Darnton, animan una disciplina, una suerte de nueva historia cultural, que recibe inquietudes, temas y conceptos de la historia de las mentalidades pero que se desarrolla como línea original. “L’échange non l’imitation”, titula significativamente Nathalie Z. Davis su artículo conmemorativo del 60 aniversario de *Annales* (“Les ‘Anales’ soixante ans après”, *Le Monde*, 19 de enero de 1990). En él relata su deuda intelectual con la escuela de *Annales* desde que, hacia 1949, la lectura de *La société féodale* de Bloch “enriqueció —afirma Davis— y reformuló mi marxismo”, Davis se suscribe personalmente a *Annales* en 1959, y establece en los

sesenta y setenta una relación de colaboración-intercambio con diversos historiadores de la escuela, a la vez que con los historiadores marxistas británicos (Hobsbawm y Thompson).

En el caso de Italia, tampoco cabe dudar de la relación entre unos terceros *Annales* que buscan con audacia cómo salir de una historia economicista, para hacer una historia social más humana, interrelacionada y global, y el origen de la microhistoria de Carlo Ginzburg, Eduardo Grendi, Giovanni Levi y Carlo Poni. Se entiende así que Ginzburg salude calurosamente el “tournant critique” de *Annales* en su artículo “Renouveler la réflexion méthodologique” (publicado también el 19 de enero de 1990 en *Le Monde*), que remata así: “Suscitando el acuerdo o el desacuerdo, la revista es más que nunca un punto de referencia indispensable”.

Pero también en el caso italiano, la recepción es crítica, lo vemos, en 1976, cuando Carlo Ginzburg cuestiona en *Il formaggio e i vermi*⁵ una frase entrecomillada —sin decirnos quién es el autor de la cita, al menos en la edición española— de un artículo de Le Goff publicado dos años antes, del cual después hablaremos más ampliamente.⁶ En la frase maldita Jacques Le Goff dice que la mentalidad es lo que tienen en común el César y los soldados, San Luis y los campesinos, etc., esto es, destaca la mentalidad global de una sociedad determinada. Ginzburg manifiesta su desacuerdo con esa “connotación decididamente interclasista de la historia de la mentalidad” y concluye: “se comprenderá, tras lo argumentado, que en vez de ‘mentalidad colectiva’ prefiramos el término de ‘cultura popular’, a su vez tan poco satisfactorio”,⁷ con lo que regresamos a donde estábamos.



Sirva esta digresión para entender mejor el sentido no mimético de la influencia de los terceros *Annales* en Italia, al igual que en los países anglosajones. Claro que puestos a dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios, hay que decir que en la página 96 de la versión española de *La mentalidad: una historia ambigua*, Le Goff también ha dejado escrita una frase bendita: “Hay mentalidades de clase al lado de mentalidades comunes. Su juego está por estudiarse”. Por consiguiente, literalmente hablando, no es tan evidente que Le Goff haya preconizado “decididamente” una connotación interclasista de la historia de las mentalidades, otra cosa es que el desarrollo posterior de la historia de las mentalidades en Francia se despreocupara tan soberanamente de las mentalidades de clase y populares (salvo notorias excepciones), por lo cual debemos valorar más aún cuánto tenía de justa la intuición crítica de Ginzburg, quien cuatro años después, en 1980, junto con Giovanni Levi, inaugura una nueva colección en la editorial Einaudi denominada “Microstorie”, cuyo primer libro es una investigación del propio Ginzburg no sobre la cultura popular sino sobre el pintor Piero della Francesca,⁸ tema asimismo del mayor interés para la historia del arte y aún para la historia de las mentalidades de la época renacentista.

En los tres casos mentados: antropología histórica, nueva historia cultural y microhistoria, se produce un fenómeno de retroalimentación con los terceros *Annales* que desmiente las acusaciones de prepotencia francesa. Estas escuelas o líneas de investigación nacionales, que tienen en común con la escuela francesa de las mentalidades el enfoque de la histo-

ria a partir del sujeto, superando la vulgata determinista, inciden a su vez fuertemente sobre los historiados de la École des Hautes Études. Así vemos, en el primero de los tres casos, cómo cada vez más equipos de investigación y seminarios de la École se reclaman de la antropología histórica, por ejemplo el Groupe d'Anthropologie Historique de l'Occident médiéval de Jacques Le Goff. También se hace notar una creciente influencia de la historia socio-cultural estadounidense, que Roger Chartier abandera, redefine y difunde en Francia dotando de rigor e impulso a esa nueva historia cultural, explicitando y aclarando sus vínculos con la historia de las mentalidades y la historia social; hemos comprobado en el programa de seminarios de la EHESS del periodo 1992-1993 una frecuencia creciente de la etiqueta “historia cultural”. Y ya más recientemente⁹ está realizándose una recepción positiva de la microhistoria italiana, cuyos principales síntomas son un artículo de Bernard Lepetit en 1988¹⁰ y el prólogo de Jacques Revel, “L'histoire aura du sol”, al libro de Giovanni Levi (*L'Eredità immateriale*, 1985) editado en francés en 1989 como *Le pouvoir au village*. Es el propio Ginzburg quien en las páginas de *Le Monde*, el 19 de enero de 1990,¹¹ hace notar como el “tournant critique” plantea debatir “la escala adoptada en el análisis” y propone que el nuevo diálogo de los *Annales* sobrepase las fronteras de Francia, celebrando al respecto la circunstancia de que “la referencia a la microhistoria es explícita” en el editorial del número 6 de los *Annales* del año de 1989.¹²

Desde luego, esta “circularidad” de las relaciones científicas entre los nuevos historiadores france-

ses y de otros países tiene su trascendencia: rompe con una tendencia anterior al hegemonismo de los *Annales*, reflejo de fenómenos más generales como la capitalidad mundial de París en el mundo de la cultura y del pensamiento, sobre todo en señalados momentos históricos; el peso de la “la grandeur de la France”, etcétera. Esta práctica de los terceros *Annales*, que ha ido tomando cuerpo durante la última década,¹³ basada en la bilateralidad, el intercambio y la aceptación —tácita, por supuesto— de posiciones críticas, nos conduce a una red policéntrica, donde la escuela de *Annales* renueva su papel significativo en la historiografía más renovadora, en la medida en que comparte el protagonismo con corrientes historiográficas surgidas en otros ambientes intelectuales, a veces de menor escala desde el punto de vista institucional, pero desde luego potentes, creativas.

Este estilo que han puesto en práctica los terceros *Annales* en los últimos años prefigura en nuestra opinión una característica fundamental de unos hipotéticos cuartos *Annales*, y por otro lado retoma las mejores tradiciones de la escuela; nos estamos refiriendo, claro está, a la convergencia entre marxismo y *Annales*, que hoy debemos actualizar en el contexto del “tournant critique” de *Annales* y de la debacle 1989-1991 de cierto marxismo.

Es interesante observar el paralelismo de dos fenómenos, en el fondo incompatibles, que tienen lugar en los años ochenta en los territorios de la nueva historia: un desmarque en la superficie del marco inicial creado en 1929, y una internacionalización —más subterránea— del proyecto de los *Annales*.

Subrayemos esta práctica renovada de los *Annales*, tolerante y receptiva, en el plano científico e intelectual, para evidenciar lo obsoleto de una “foto fija” que la represente como una escuela apegada al imperialismo historiográfico, tipo de crítica que, como ha tenido su base en el pasado, sigue latente en los historiadores de la vieja escuela. Basta echar una ojeada a los números de *Annales* de los últimos años, para comprobar cómo la sutileza francesa ha comprendido que la historiografía de Francia enseña pero que más que nunca está en disposición de aprender, y que por descontado se da que en este momento y *partout*, lo segundo condiciona lo primero.

Ahora sigamos con la parte negativa, porque como veis no todo lo que hay que decir sobre los terceros *Annales* es positivo. La historia de las mentalidades, periodo de esplendor de los *Annales*, es una etapa sumamente productiva, pero también un tiempo de decadencia de la historia económico-social, y esto evidentemente hay que sumarlo al deber de la escuela; ello se explica, en primer lugar, por el descenso de la influencia en el mundo intelectual e historiográfico francés del materialismo histórico. El desinterés por la historia económico-social tiene como telón de fondo la presión de una demanda cultural y vital más individualista que reclama una historia más subjetiva (la resaca que sigue al repliegue de los proyectos colectivos que marcan la revuelta del 68); pero es asimismo efecto de las querellas internas entre los terceros *Annales* y la prolongación de los segundos *Annales*. En todo caso, yo quiero aquí ratificar algo que dije ayer al glosar la conferencia de Carlos Aguirre sobre los segundos *Annales*: la historia económico-social y la historia de las menta-

lidades están por un igual inscritas en la matriz fundadora de los *Annales*, no sólo en los trabajos de Febvre, sino también en los de Bloch. Es decir que desde los primeros *Annales* la economía y la mentalidad generan dos líneas —que rara vez crecen juntas— legítimas de desarrollo de la escuela, en el marco de una historia global, cuya referencia se pierde constantemente, produciéndose entonces el típico movimiento pendular.

A estas alturas, viendo sus defectos, yo me preguntaría —y supongo que vosotros os lo estáis preguntando también— ¿por qué la escuela de *Annales* se ha expandido más con la historia de las mentalidades que con la historia económico-social? Y cuando hablo de expansión no me refiero sólo al gran público, sino y sobre todo a los medios científicos, tanto nacionales —me estoy refiriendo a Francia— como internacionales. El mejor ejemplo es el gran éxito de difusión (200 mil a 300 mil ejemplares) y al mismo tiempo científico de *Montaillou, village occitan, de 1294 à 1324* (1975) de Emmanuel Le Roy Ladurie (miembro de la dirección de *Annales*), un trabajo de investigación que relanza y pone de actualidad la antropología histórica en Francia, y que podemos considerar como un desarrollo de la historia de las mentalidades en su acepción más amplia. Incluso en España, ¿no se ha vendido como un *best-seller* la *Historia de la vida privada?*,¹⁴ obra colectiva dirigida por Georges Duby y Philippe Ariés, cuya difusión pone en evidencia cómo el desfase de la historiografía española respecto del exterior en estos temas coincide últimamente con cierto desfase de la historiografía española respecto del público culto en España.¹⁵ Los historiadores interesados en hacer una

historia que responda a las inquietudes socioculturales del hombre actual, ¿prestamos la atención debida a dicho *décalage*? Yo creo que algunos sí, precisamente el auge tardío de la historia de las mentalidades en España se produce en los mismos años, finales de los ochenta y principios de los noventa, en que progresa el gusto público por los libros de la nueva historia.¹⁶

La curiosidad del lector español no especializado por la antropología de una aldea medieval o la vida privada en la historia ilustra esa presión social por una historia subjetiva y humana. Con todo, lo dicho no responde cabalmente a la pregunta de por qué en los medios científicos —dejando aparte el caso español— los *Annales* se han difundido más con la historia de las mentalidades que con la historia económico-social; dicho de otro modo: ¿por qué académicamente se han propagado más y mejor (incitando planteamientos más adaptados y maduros a la historiografía de cada país) los terceros *Annales* que los segundos?

Para mí la causa está en que la historia de las mentalidades supone una innovación metodológica y temática más original y difícil de conseguir, por parte de una escuela historiográfica, que la historia económico-social. De hecho los *Annales* avanzan considerablemente para dotar de un estatus erudito (de entrada avalado por la capacidad profesional de los historiadores de la escuela) a la investigación histórica de lo mental, allí donde otras escuelas historiográficas se han quedado atrás o simplemente han fracasado.

Son cualitativamente de un gran valor las tentativas que parten del materialismo histórico para estu-

diar lo que ahora llamamos mentalidades colectivas. Es el caso de Georg Lukács, filósofo y crítico literario, que reivindica y analiza en *Historia y conciencia de clase* (1923) una conciencia colectiva que comprende, según su criterio, tanto pensamientos como sentimientos, asegurando que: “la actuación históricamente significativa de la clase está determinada en última instancia [aquí sería más exacto decir ‘en primera instancia’] por esta conciencia”,¹⁷ lo cual le valió una inmediata condena por parte de los marxistas leninista y también de los marxistas socialdemócratas de la época.¹⁸ Otro heterodoxo, Wilhelm Reich, discípulo de Freud, estudia en *La psicología de masas del fascismo* (1933) los factores psicológicos que influyen en el comportamiento político de las masas (indagando temas como la ideología¹⁹ como poder material, el simbolismo de la cruz o la ideología de la familia autoritaria). Desgraciadamente estos intentos de introducir en la investigación marxista, durante los años veinte y treinta, el interés por la psicología de la acción colectiva no ha prosperado demasiado: ha seguido considerándose como propio del marxismo la historia económica, objetiva, estructural (casi con la única y llamativa excepción de Antonio Gramsci). De ahí que subrayemos lo logrado al respecto por los historiadores de los *Annales*; yo diría que allí donde no llegó el marxismo (incluso sus corrientes críticas), tal vez porque no podía llegar, arribaron los *Annales*, cuya laxa relación con el marxismo tenía y tiene como ventaja la resistencia a toda atadura teórica o ideológica, incluso a las derivadas de su identidad como escuela.

Algo parecido podemos decir de la psicohistoria

estadounidense: fracasó donde triunfaron los *Annales*. La rigidez determinista —la economía en el marxismo y el inconsciente en la historiografía freudiana— ha obstaculizado la consideración de la subjetividad mental en las investigaciones. Bien intencionada, la psicohistoria estadounidense tuvo —tiene todavía— el defecto de centrar casi exclusivamente su historia psicológica en el estudio del inconsciente (y de sus relaciones con la sexualidad), sirviéndose en exceso de la empatía para ubicar al psicohistoriador, como si se tratara de un novelista en el lugar del protagonista histórico. En fin, un general y voluntario desconocimiento de la investigación y de la metodología de los historiadores ha acabado por dificultar la aceptación y recepción académica de la psicohistoria como disciplina. Hasta el día de hoy, la convergencia historia-psicología no se ha producido de un modo apreciable y provechoso en el mundo anglosajón por esta vía, y la oposición suscitada por la psicohistoria entre los historiadores —mayormente en Estados Unidos— ha perjudicado indirectamente la recepción de la historia francesa de las mentalidades al identificar bastantes historiadores una cosa con la otra. No descartamos que esta confusión haya estado presente de algún modo en la redefinición estadounidense de la historia de las mentalidades como historia sociocultural, replanteamiento que pretende evitar el alejamiento de la historia social y que persigue una diferenciación más neta respecto de la psicohistoria. Pero todo tiene su lado malo; en el caso de la nueva historia cultural se trata de la superespecialización que conlleva (historia del libro, de la lectura y de la alfabetización) y del distanciamiento de los temas de la

psicología colectiva de más fácil vinculación a la historia en general.

Con el nuevo —para la historia, no para la antropología y menos aún para la psicología— territorio colonizado por la historiografía francesa bajo la etiqueta de historia de las mentalidades, se logra pues que el estudio de lo mental merezca la misma atención por parte de los historiadores que la base material de la sociedad; se admite, en consecuencia, que ambas cosas forman parte de cada realidad concreta. Epistemológica y metodológicamente, este paso al frente hacia una historia global era, decíamos, más difícil de implantar historiográficamente que la propia historia económico-social, promovida internacionalmente por unos primeros y segundos *Annales*, que para dicha tarea estuvieron mucho menos solos que los terceros *Annales* para la suya.

La historiografía marxista predicaba la historia económica varias décadas antes de que la escuela de *Annales* trabajase en esa dirección,²⁰ y han florecido además otras escuelas de historiadores economistas —y vosotros (Facultad de Economía de la UNAM) lo sabéis mejor que yo— como la estadounidense New Economic History, etc. Es decir, que cuando los *Annales* imponen la historia económico-social frente a la historia tradicional, la innovación, siendo importante, no es tan singular como cuando indagan la base mental de la sociedad.

Como veis, ayer lo decía en relación con la etapa Braudel, y hoy soy quien corre el riesgo de sobrestimar la fase de los *Annales* que me ha tocado analizar en este Coloquio sobre “Los *Annales* en perspectiva histórica”. Si así fuese, espero cuando menos prestar el servicio de equilibrar la polémica,

hasta ahora inclinada en sentido contrario por las críticas externas y por la propia dinámica del debate abierto por los *Annales*.

Me pregunto por qué al historiador de oficio le cuesta en general tanto trabajo abordar seriamente la subjetividad mental; de no ser así, la relevancia de lo alcanzado por los terceros *Annales*, y la polémica resultante, sería de menor entidad. Pienso que la dificultad proviene de la influencia conjunta, en muchos otros aspectos benéfica, del positivismo —en busca sobre todo del dato objetivo y explícito— y del materialismo histórico —que subraya la determinación material—. Sin embargo, otras disciplinas cuya científicidad genera por lo regular menos vacilaciones que la historia, no tienen tantos problemas para reconocer el papel de la mentalidad en la vida individual y colectiva. Es el caso, en primer término, de la psicología, cuyo objeto de estudio, sobre todo en el último periodo, es la estructura mental, la psique, etc. O la antropología estructural, que ha presentado siempre especial atención a las estructuras simbólicas. La propia sociología, en alianza con la psicología, ha generado una subdisciplina floreciente llamada psicología social. Estas ciencias sociales no han tenido a la postre mayores impedimentos para estudiar científicamente la subjetividad humana. ¿Por qué hemos tenido entonces que esperar los historiadores a los terceros *Annales* para estudiar una parte de la realidad global que es tan significativa desde el punto de vista de la investigación histórica, como los precios y los salarios? Puede ser que una razón esté en que los historiadores, a diferencia de los antropólogos, sociólogos y psicólogos, no trabajamos con sujetos vivos, sino con los documen-



tos y otras huellas materiales que aquéllos han dejado, de manera que la subjetividad humana resulta así menos directa y evidente, y más de encontrar y digerir.

La mayor deficiencia que hemos hallado en la historia francesa de las mentalidades reside en que su *progresión acaba por implicar la desconexión de la historia social y económica y la despreocupación sobre el carácter global de la investigación histórica*, pero estas carencias quedan en mi opinión en un segundo plano si evaluamos justamente la aportación que ha supuesto para la historiografía mundial la historia de las mentalidades. Sobra decir que si se ha hecho historia subjetiva dejando en el olvido la historia objetiva, ello no nos obliga a recaer hoy en el mismo error; es claro que hay que hacer una historia que sea objetiva y subjetiva a la vez, o al menos intentarlo teniendo en consideración una dimensión cuando se estudia la otra: un solo investigador no puede analizarlo todo. En cualquier caso, evitemos el error en ese momento más común: practicar la historia económica y estructural como una historia sin sujeto.

En la década de 1980, sobre todo en la primera mitad, comprobamos la coincidencia de la máxima influencia de los *Annales* con las críticas más feroces, desde diversos ángulos, particularmente desde el *materialismo histórico* o desde sus cercanías, a causa precisamente de estos abandonos de la historia social y global por parte de la historia de las mentalidades, durante su última fase. En relación con esto, insisto en lo que decía ayer en el debate, con independencia de los posibles aspectos negativos o de las actitudes políticas personales de Lucien Febv-

re, Fernand Braudel o Philippe Ariés, debemos justipreciar sus aportaciones como historiadores; lo contrario sería adoptar una actitud, además de intolerante, acientífica. Es más, ¿no somos nosotros los que no hemos renunciado al materialismo, los más necesitados, si queremos hacer una historia total, de completar, articular, imbricar, la historia que parte del objeto, de la estructura, de la economía, con la historia que parte del sujeto, de la acción humana, de la mentalidad colectiva? Claro está que no todos los marxismos permiten tal amplitud de ideas; me estoy refiriendo al marxismo abierto de, por ejemplo —hagamos por lo tanto honor a México (y a España)—, la filosofía de la praxis de Adolfo Sánchez Vázquez, un marxismo ético donde el hombre ocupa el centro de la preocupación del historiador, del científico social, del ciudadano. La historiografía marxista, para hacer una historia total, tiene por tanto que compartir el protagonismo, seguir haciendo historia económico-social y aprender de los *Annales* a hacer historia de las mentalidades, y lo mismo de otras corrientes intelectuales y científicas capaces de mejorar y ampliar nuestro conocimiento de la realidad social e histórica.

Antes de entrar en la génesis de la historia francesa de las mentalidades, con el objeto de comprender mejor sus virtudes y sus defectos, conviene hacer un pequeño alto en el camino y decir ya qué es lo que yo entiendo por historia de las mentalidades. Hay múltiples definiciones posibles; la más útil sería aquella que nos permita acercarnos con menos barreras intelectuales y más concretamente a nuestro objeto. Me es muy querida una definición basada en el título de un capítulo de *La sociedad feudal* de

Marc Bloch, donde se lee “formas de sentir y de pensar”, que yo ampliaría de la siguiente manera: “formas de pensar y de sentir y de imaginar” la realidad. Tenemos ya tres mecanismos intelectuales de vinculación con lo real objetivo: pensamiento racional, emociones e imaginario; a los cuales habría que añadir las maneras de actuar, tanto el comportamiento consciente como el inconsciente. De manera que al final, si incluimos el factor inconsciente, nos daría cinco componentes de la mentalidad —siempre global— que se superponen, y que comparten elementos comunes... Esta idea de los cinco componentes (pensamiento racional, emociones, imaginario, comportamiento e inconsciente) constituye, según mi propia experiencia, una guía provechosa para enfrentarse con la documentación e inferir una mentalidad subyacente. A la hora de estudiar las mentalidades complejas vamos a encontrar, por descontado, combinaciones de estos componentes o de algunos de ellos, y vamos a necesitar una metodología específica, distinta de la empleada por el historiador economista o político, y distinta asimismo de la empresa hoy en día por antropólogos, sociólogos y psicólogos, que tienen la fortuna de poder observar, interrogar y experimentar con individuos y colectivos vivientes, pero mayores dificultades que el historiador para evitar la interferencia del observador sobre los hombres y las mentalidades que investiga.

¿En qué consiste en concreto la pequeña revolución de los *Annales* en este tema de las mentalidades? Yo no digo naturalmente que los terceros *Annales* hayan inventado las mentalidades: la innovación ha consistido en recoger toda una serie de

conceptos, técnicas y enseñanzas de la antropología y la psicología, principalmente, y en ser capaces de realizar con todo ello investigaciones empíricas, con resultados aceptables, de las sociedades históricas. Sabemos que las nociones y los métodos extraídos de una determinada ciencia social no se pueden importar alegremente a otra disciplina, sobre todo cuando en dicha ciencia se estudian realidades presentes, mientras que los importadores tendrían que vérselas con realidades pasadas. Pues bien, la habilidad de los terceros *Annales* estriba en saber utilizar dichos conceptos para obtener información de la documentación histórica acerca del pensamiento, las emociones, el imaginario, la praxis, el inconsciente...

La revolución intelectual de los *Annales* reside en que anteriormente el historiador, en el mejor de los casos, estudiaba, de los mencionados cinco componentes de los sistemas mentales, el primero, esto es, la conciencia, el pensamiento claro, la ideología. Existe una excelente tradición marxista de investigar la conciencia social en general y la conciencia de clase en particular, así como toda una antigua tradición académica de historia cultural, en fin, las clásicas historias del pensamiento o de la filosofía. ¿Qué añade en concreto la historia francesa de las mentalidades a la vieja historia de las ideas?, pues veamos que el resto de lo que bulle en las cabezas de los hombres es a menudo lo fundamental de la subjetividad mental. Los actos humanos no se generan solamente en la conciencia; es más bien raro que el hombre se mueva simplemente por una idea previa, racionalizada, articulada intelectualmente, portando un sistema ideológico, sobre todo si hablamos de

mayorías sociales, si nos situamos más allá de la cultura de élite y de la historia acontecimental, si nos alejamos de los tiempos modernos hegemonzados por la cultura escrita.²¹

¿Cuántas veces para explicar que la acción humana tiene más importancia que la ideología: una emoción, una realidad inventada, un factor inconsciente, un hábito social? De ahí la gran extensión del campo de investigación que entraña la historia de las mentalidades respecto a las tradicionales historias del pensamiento, de las ideas, de la filosofía. La historia de las mentalidades viene a ser la vieja historia cultural más lo que pueden aportarle temáticamente (y metodológicamente) la antropología, la psicología..., o sea, todo lo relativo al sujeto humano.

¿Cómo se pasa en Francia de los segundos a los terceros *Annales*, de la historia económico-social a la historia de las mentalidades, de la historia de la base material de la sociedad a la historia de la base mental de la sociedad, de la historia objetiva a la historia subjetiva?

En el marco del movimiento del 68 tiene lugar en el Collège de France una asamblea de investigadores de la École des Hautes Études, en el transcurso de la cual se cuestiona el poder personal de Fernand Braudel al frente de la escuela, evidenciándose así que *Annales* era ya, en ese momento, algo más vasto que Braudel y quizá por ello la escuela admitía mal el corsé de una gestión personalizada y hasta es posible que descuidada. Según nos ha informado ayer en su charla Carlos Aguirre Rojas, desde 1966 Fernand Braudel había desatendido la revista. El personalismo de Braudel, más el Mayo francés y la juventud de los nuevos dirigentes de la publicación (Jacques

Le Goff, Emmanuel Le Roy Ladurie...) da como resultado el inicio de una nueva etapa en la historia de la revista y de la escuela. En 1969 se produce un cambio en la dirección de la revista, que pasa a tener un carácter más colegiado, composición vigente en la actualidad con algunos "pequeños" cambios por cooptación, verbigracia la incorporación de Bernard Lepetit, penúltimo secretario de redacción, al cuerpo colectivo de directores de los *Annales*. En 1972 Jacques Le Goff es elegido presidente de la Sexta Sección de l'École Pratique des Hautes Études, que se transforma tres años después, bajo su mandato, en la actual École des Hautes Études en Sciences Sociales.

El paso de la dirección personal de Braudel a una dirección colectiva conlleva un proceso de democratización que marca la maduración de la escuela y anuncia su irradiación posterior. Con el tiempo estas diferencias en la forma de entender la dirección de la corriente historiográfica, entre Braudel y sus sucesores, se convierten, al incidir otros factores, en controversias historiográficas: historia económico-social versus historia de las mentalidades. Aunque hay enfoques que traspasan dichas diferencias temáticas y de método, por ejemplo, el concepto braudeliiano de larga duración que impregna también la historia de las mentalidades, sobre todo al comienzo, y que caracteriza por consiguiente tanto a los segundos como a los terceros *Annales*.

Paradójicamente, Fernand Braudel, aunque marginado de la dirección de la escuela, sigue siendo para muchos, hasta su muerte en 1985, el historiador más importante de *Annales*.²² Desde la Maison des Sciences de l'Homme, que dirige mientras vive,

y con sus libros, continúa propagando la historia económico-social que había caracterizado a los segundos *Annales*. En 1977 y 1978 edita *La Méditerranée. L'espace et l'histoire*; entre 1977 y 1982, junto con Labrousse, los cuatro tomos de la *Histoire économique et sociale de la France*; en 1979, los tres volúmenes de *Civilisation matérielle, économie et capitalisme*; en 1985, *La dynamique du capitalisme...* Paralelamente la renovada dirección de la revista y de la École des Hautes Études lanza un nuevo proyecto historiográfico cuyo mascarón de proa acabará siendo, después de algún tanteo, obviamente, la historia de las mentalidades.

En 1974 se publican los tres tomos de la obra *Faire l'Histoire* bajo los epígrafes: *Nouveaux problèmes, Nouvelles approches, Nouveaux objets*, siendo sin duda la propuestas de nuevos temas la parte de mayor impacto historiográfico, especialmente el artículo del codirector de la obra, Jacques Le Goff, *Les mentalités: une histoire ambiguë*, quien cuatro años después remarca el sentido permanentemente innovador de la escuela titulando significativamente una segunda publicación colectiva, capital para entender los terceros *Annales*: *La nouvelle histoire*; denominación que terminará por identificar en los años ochenta a los terceros *Annales*.²³

¿Qué novedad en líneas de investigación aportan los terceros *Annales* en estas publicaciones de 1974 y 1978? El desarrollo de una temática marginada en los años de Braudel, pero cuyos orígenes, según vimos, estaban en Bloch y Febvre. Basta leer *Les rois thaumaturges* de Marc Bloch (1924), una investigación de la creencia colectiva en el poder curativo de los monarcas, para darse cuenta de hasta qué

punto era algo distinto —e incluso anterior en el tiempo— a *Les caractères originaux de l'histoire rurale française* (1931). Bloch, más que Febvre, hizo simultáneas la historia de las mentalidades y la historia económico-social; la confluencia de ambos enfoques se ha plasmado en *La société féodale* (1939-1940).

¿Qué relación puede existir entre el cambio de personas y de formas de dirigir la corriente historiográfica y los cambios en la orientación de *los Annales*? No es fácil la respuesta. En mi opinión, la democratización de la dirección de la revista, la progresión de la recién constituida École des Hautes Études y la expansión de la nueva historia en medios universitarios, medios de comunicación social e editoriales, hicieron cada vez más permeables a los *Annales* al entorno intelectual, social y mental. Aquí habría recordar que la historia es hija de su tiempo, pero ¿qué tiempo es el que sigue al 68 francés?

Después del 68 entramos en un periodo poses-
tructuralista y posmarxista, debilitándose la creencia en que las contracciones estructurales y económicas conducen a la superación del capitalismo. Un periodo pues de repliegue, y curiosamente en los periodos de repliegue, la intelectualidad ¿no realiza a contracorriente lo que ya no se tiene?, esto es, un sujeto social antaño activo; en un sentido más general —y en contradicción con lo anterior, pero animando también la vuelta del sujeto—, ¿no se refugia la gente en su propia individualidad al fracasar el proyecto colectivo de la revolución? La historia de las mentalidades responde, entre otras cosas, a una demanda social derivada de un repliegue de las ideas del 68 que va tomando forma lentamente, según

avanza la década de los setenta, y alcanza su clímax en los años ochenta.

El retorno del sujeto, evidente hoy a principios de los noventa —no sólo en la historiografía, también en la historia inmediata, como demuestran las revoluciones del Este europeo—, con sus dobles lecturas (individual y colectiva, mental y social, histórica y actual), tiene sus prolegómenos en Francia —el mundo intelectual francés siempre ha sido y es un barómetro excelente²⁴ con una precoz y radical historia de las mentalidades que toma nota del agotamiento de las “modas” del 68. Se generaliza después en otros países, tomando pie en sus tradiciones historiográficas específicas y haciendo gala de una intención más integradora hacia la historia social, con el auge de la antropología histórica, la nueva historia cultural y la microhistoria, manifestaciones paralelas en distintos ambientes historiográficos del surgimiento de la subjetividad humana como tema de la investigación histórica; pero más recientemente, ¿qué viene a ser el retorno de la biografía, de la historia política y de la historia narrativa, sino una reafirmación de una historia subjetiva esta vez desde posiciones de partida más tradicionales?

En los años sesenta, antes por tanto del Mayo francés y del giro crítico de los herederos de Braudel, vieron la luz las aportaciones metodológicas y teóricas de Georges Duby, Robert Mandrou y Alphonse Dupront sobre lo que debería ser la historia de las mentalidades, y asimismo valiosas investigaciones concretas de estos y otros historiadores de la escuela. *La Introduction à la France Moderne (1500-1640). Essai de Psychologie historique* (1961), de Robert Mandrou, es un excelente paradigma de una

historia de las mentalidades que no deja de ser historia social. Con gran habilidad estudia Mandrou, al mismo tiempo, la alimentación, la enfermedad, la fiesta y el juego; los sentidos, las emociones y los mundos imaginarios; los oficios, las clases y otras solidaridades sociales; las coyunturas económicas y mentales... Y otro tanto habría que decir de *La civilisation de l'Occident médiéval* de Jacques Le Goff, libro publicado en 1965 (traducido al español en 1969), donde se sintetiza la evolución económica, política y mental de la Edad Media, o se analizan conjuntamente las innovaciones técnicas, la lucha de clases, el sentimiento de inseguridad o la mentalidad simbólica medievales. Estas dos obras maestras siguen el planteamiento de historia total inaugurado por Marc Bloch en *La Société médiévale*. Después del 68, conforme la historia de las mentalidades empieza a ocupar el centro del escenario historiográfico, pierde poco a poco su ligazón con la historia social y económica: es el precio del éxito.

En el provocador artículo ya citado, *Las mentalidades: una historia ambigua*,²⁵ editado por Le Goff a los dos años de asumir la dirección de la École des Hautes Études, ¿se preconiza realmente esa separación de la historia de las mentalidades de la historia social y económica? Muy al contrario, en coherencia con su práctica historiográfica, advierte Le Goff que “sería craso error separarla de las estructuras y de la dinámica social”,²⁶ y dice también de la historia de las mentalidades que se quiere relanzar: “no tiene que ser ni el renacimiento de un espiritualismo superado ni el esfuerzo de supervivencia de un marxismo vulgar que buscaría en ella la definición barata de superestructuras nacidas mecánicamente de las

infraestructuras socioeconómicas”.²⁷ La historia francesa de las mentalidades terminó cayendo, en efecto, en la trampa de obviar la temática social, pero sin llegar a ese determinismo idealista que muy justamente Le Goff condenaba con energía. Lo que pasó fue más bien que dejó de preocupar en términos generales la explicación de los hechos históricos; en los años ochenta la historia de las mentalidades renunció en buena medida a la historia-problema al distanciarse *de facto* de la historia social. Por otro lado, ¿ha existido verdaderamente el tercer peligro mencionado por Le Goff?, a saber: una historia donde las mentalidades sean un reflejo condicionado del mundo material. La verdad es que una característica de todos los marxismos economicistas que en el mundo han sido es el desprecio olímpico del dominio de las mentalidades, del papel de lo subjetivo, como tema para la investigación. Los protagonistas de los intentos —en el pasado y en el presente— de hacer, a partir del marxismo, una historia de las mentalidades, una historia basada en el sujeto, han sido marxistas renovadores, según hemos visto ya. La historia de las mentalidades ha contribuido —y sigue contribuyendo— a la renovación de la historiografía marxista, favoreciendo la superación de una superespecialización en historia socioeconómica (contra la cual Michel Vovelle, entre otros, se ha rebelado con pasión en su momento) y el encuentro con las realidades históricas hechas de hombres y mujeres de carne y hueso. Al menos en España, durante los años setenta y ochenta, una de las manifestaciones más combativas del discurso historiográfico conservador marxista —y no marxista— ha sido precisamente la descalificación indiscriminada

y apriorística de la historia francesa de las mentalidades. Las deficiencias teóricas y prácticas de una historia de las mentalidades que triunfa por lo visto de modo diferente a como pretendieron los cabezas de fila de los terceros *Annales*, han legitimado resistencias y dudas que al final tuvieron algo positivo: cuadyuvar al replanteamiento presente de la historia de las mentalidades.

Le Goff acaba el artículo rompedor con un llamamiento profético, para bien y para mal: "Si se evita que sea un cajón de sastre, coartada de la pereza epistemológica, si se le dan sus utensilios y sus métodos, hoy tiene que desempeñar su papel de una historia distinta que, en su búsqueda de explicación, se aventura por el otro lado del espejo".²⁸ Finalmente no se ha evitado el "cajón de sastre" y sólo a veces se ha buscado auxiliar con la historia de las mentalidades para la explicación de hechos históricos concretos.

Un efecto positivo de la insistencia de Le Goff en la definición ambigua del concepto de mentalidad, con el justo objetivo de no cerrar puertas, es lograr que se reclame para la historia de las mentalidades prácticamente todo el campo de lo cultural, lo antropológico, lo psicológico. La definición vaga de la mentalidad como proposición teórica obtiene un gran éxito en los plazos corto y medio al hegemonizar la nueva historia lo que podemos llamar el mundo superestructural. La historia de las mentalidades inunda en Francia la historia de la literatura, del arte, de la religión, de las ideas..., y mantiene su vigencia en al menos una parte de la historia social. Ahora bien, la opción por una historia abierta de las mentalidades se transforma a largo plazo en un obstáculo:

veinte años después del artículo de Le Goff tenemos que constatar cómo, pese a sus advertencias, el mascarón de proa de los terceros *Annales* llevó a la nave al nuevo continente, pero desviándose manifiestamente de la trayectoria trazada. Ciertamente, a toro pasado es fácil hacer balance detectando insuficiencias y consecuencias imprevistas. En suma, yo veo el problema desde dos puntos de vista complementarios: una definición imprecisa y desarticulada es algo malo porque supone una evidente debilidad teórica que conduce al "cajón de sastre", pero tiene de bueno que es una apuesta por un concepto abierto, imprescindible para la conquista de un continente tan ignoto como las mentalidades históricas, cuya delimitación y conocimiento más precisos requieren un gran número de monografías previas. Ejemplos contrarios los tenemos a montones: múltiples definiciones supertrabajadas y argumentadas teóricamente de un mismo tema que luchan entre sí, tropezando unas con otras, sin ser capaces de dar vida a una corriente tan prolija de investigaciones empíricas como en el caso que nos ocupa. La solución está naturalmente en el justo medio.

La interdisciplinariedad que le es propia al historiador de las mentalidades le debería llevar a aplicar el mismo criterio que cualquier otro historiador al definir un concepto o un tema que comparte con otra ciencia social; el ejemplo sería el del historiador económico que acude a la economía para definir el precio y el salario. En el caso de la historia de las mentalidades, habríamos de acudir a los psicólogos para definir conceptos relativos a lo mental. Siguiendo a la psicología podríamos ampliar todo lo que quisiéramos los cinco componentes antes consi-

derados, y sus posibles combinaciones, para disponer de elementos útiles (percepción, sentido, memoria, motivación, atención, actitud, voluntad, etc.) para la investigación histórica, sin más riesgo de pecar de imprecisos que cuando trabajamos en la historia con una noción sacada de la geografía, la sociología, la economía o la política. La psique individual y colectiva, las estructuras o sistemas mentales, el mundo de lo mental, en suma, está definido e investigado por la psicología de un modo monográfico, sobre todo a partir del cambio de paradigma de la psicología conductista a la psicología cognitiva en los años setenta.

Cuando planteamos (enero de 1991) en el seminario parisino de Jacques Le Goff esta posibilidad de la colaboración con la psicología,²⁹ además de con la antropología (proceso de cooperación más avanzado y con una mayor tradición tanto entre los historiadores como entre los antropólogos), se dijo que historiadores y psicólogos no teníamos el mismo objeto, lo cual es una gran verdad si nos referimos a los psicólogos conductistas, orientados hacia la psicología experimental y la psicobiología, pero no lo es tanto (y tal vez nunca lo fue en el caso de la psicología social) si tomamos nota del antedicho cambio de paradigma. En los últimos diez o quince años, los psicólogos cognitivos han rehabilitado como tema de investigación todo lo referente a la mente humana. Sin duda ahora sería más viable aquello que propuso, y que no dio resultado en su momento, Alphonse Dupront a principios de 1961 en los *Annales* (y el año anterior en el XI Congreso Internacional de Ciencias Históricas), esto es, “la constitución de una historia de la psicología colectiva, rigurosa-

mente científica en la medida de sus posibilidades, y útil”.³⁰ La historia de las mentalidades de los años noventa deberá desarrollarse ante todo como una suerte de historia psicológica y social, si quiere delimitar su campo de actuación con pujantes disciplinas vecinas —antropología histórica y nueva historia cultural— y utilizar unas herramientas de trabajo mejor contrastadas.

En el libro colectivo publicado en 1978 por la escuela de los *Annales*, *La nouvelle histoire*, Guy Bois,³¹ preconiza en su aportación (*Marxisme et histoire nouvelle*)³² cierto maridaje entre el marxismo y los *Annales*, que hoy —cuando todavía no ha terminado el siglo XX— algunos consideramos vigente y quizá más necesario que nunca, sobre todo para el marxismo: “Su confluencia todavía parcial, confusa y tumultuosa, será tal vez —asegura con entusiasmo Guy Bois— el gran acontecimiento historiográfico de este fin de siglo; y es ya un fenómeno fascinante...”³³ En el reparto de papeles de Guy Bois corresponde al marxismo la teoría de la historia y a los *Annales* la innovación metodológica, división del trabajo que da cuenta de una situación real a pesar de su parcialidad y rigidez,³⁴ derivada de una colaboración fructífera de tipo inclusivo, a lo largo de muchos años, entre ambos movimientos intelectuales. Lo más interesante de la historiografía marxista francesa ha contribuido pues con sus concepciones y sus investigaciones al desarrollo de la corriente historiográfica de los *Annales*, que a su vez les ha enseñado cómo hacer la historia de una manera más renovada, siendo la historia de las mentalidades el ejemplo más sobresaliente. Guy Bois titula, a finales de los setenta, uno de los apartados del artículo que

comentamos, a modo de profesión de fe: “Los historiadores marxistas no ignoran el papel de las mentalidades”.³⁵

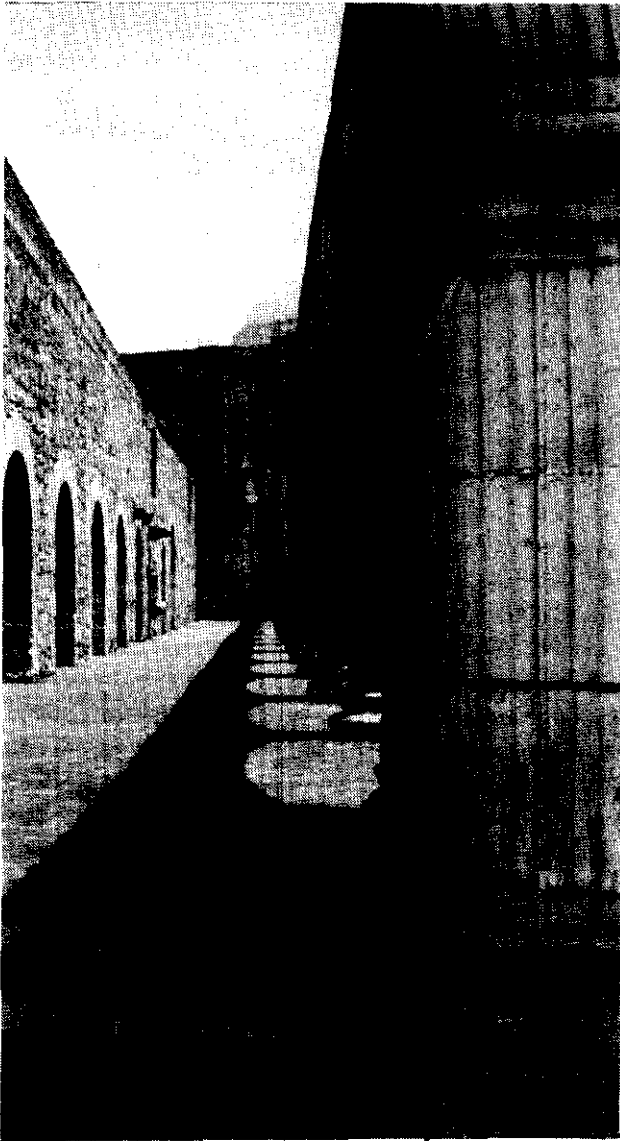
Ya en los años ochenta, y no solamente a partir del marxismo, se empezó a criticar con fuerza el rumbo de los terceros *Annales* y el nuevo paradigma de la historia de las mentalidades, llegando en algún caso hasta la descalificación global, es decir, obviando cualquier aspecto positivo. Impugnando correctamente que el crecimiento de la historia de las mentalidades se hiciera a expensas de la historia económico-social, pero sin asumir sus implicaciones innovadoras desde el punto de vista temático, metodológico y, si se quiere, epistemológico.

Preconizamos una historia de las mentalidades que a la vez sea historia social —sin olvidar conflictos, revueltas y revoluciones como tantos otros—, y que no pierda el horizonte teórico y práctico de una historia total, recogiendo para ello las enseñanzas de la historia francesa de las mentalidades —y de la historia social y antropológica anglosajona— durante los primeros, los segundos y desde luego los terceros *Annales*. Estos últimos *Annales*, hicieron en los años ochenta, seguramente sin pretenderlo, de la historia de las mentalidades una disciplina autónoma, no en el sentido —porfío— de interpretar los hechos investigados desde una posición idealista, sino porque poco a poco se fue perfilando una historia de las mentalidades con temas, métodos y fuentes ajenos a la historia general de los hechos económicos, sociales y políticos.

Dicha “autonomización” tiene su parte positiva, verbigracia la utilización masiva por parte de los nuevos historiadores de las fuentes iconográficas y

literarias, animando una nueva forma de hacer historia del arte y de la literatura, practicada por historiadores generales que iniciaron su andadura como historiadores sociales, y que rastrean la sociedad detrás de la cultura, la mentalidad detrás de la idea, la cultura popular detrás de la cultura de élite...

Es curioso, pero cuando hablamos de interdisciplinariedad nos olvidamos con frecuencia de estas historias especializadas. La primera acción interdisciplinar a realizar es colaborar desde la historia a secas con la historia del derecho, del arte, de la literatura, antes incluso —mejor aún, al mismo tiempo— que con la antropología, la sociología, la psicología. Raramente ha sido así, con seguridad a causa de las diferencias de objeto —además de las sabidas murellas académicas y departamentales— en los tiempos en que la historia se dedicaba casi en exclusiva a indagar la política y la economía. Podemos y debemos subrayar en consecuencia la enorme contribución que hace la historia de las mentalidades promoviendo el intercambio científico entre historiadores generales e historiadores del arte, de la literatura, de la religión y del derecho. Todo esto se infravalora cuando el prejuicio hacia la historia de las mentalidades sustituye el análisis concreto de sus resultados, aunque es posible que haya algo más: una arraigada tradición historiográfica que subvalora las fuentes artísticas y literarias frente a las fuentes de archivo, al no servir las primeras para obtener datos que hagan posible las prácticas históricas clásicas sea historia narrativa, biográfica y política sea historia socioeconómica. Mucho me temo que, en este orden, la historia de las mentalidades haya heredado la connotación marginal que los historiadores tradi-



cionales han atribuido a la cultura en todos sus aspectos, como se puede ver nítidamente en los manuales de historia al uso. Y en último término encontramos siempre la mentalidad del historiador corporativista, principal obstáculo para toda colaboración interdisciplinar, que negando consciente o inconscientemente valor científico, rigor, utilidad, a “otras” disciplinas o ciencias sociales que no sean la propia, es incapaz de valorar el interés de otros temas, otras fuentes, otros métodos y otros resultados para el área de conocimiento que cultiva. La imagen peyorativa del “otro” desconocido, sea arte y literatura, sea antropología y psicología, ha sido hecha añicos por los historiadores de los terceros *Annales*, prosiguiendo y actualizando una labor comenzada por Bloch, Febvre y Braudel, generalizando consecuentemente a la superestructura de la sociedad la colaboración entre las ciencias sociales que anteriormente se había dado, brillantemente, para investigar la infraestructura de la sociedad, entre la historia, la geografía y la economía.

Ahora bien, si sostenemos que los abandonos de la historia francesa de las mentalidades no nos impiden ver los avances, ¿quiere eso decir que debemos olvidarnos de ellos? En absoluto, pero debemos esforzarnos por comprender. Tanto las reservas de los historiadores de la economía hacia la historia de las mentalidades, como las trabas en los terceros *Annales* más tardíos para hacer una historia verdaderamente social de las mentalidades, provienen en el fondo de un mismo problema: el cúmulo de dificultades para avanzar simultáneamente en dos direcciones formalmente tan alejadas entre sí como el estudio de la base material y de la infraestructura, y

el estudio de la base mental y de la superestructura. El primer escollo a salvar es, evidentemente, dicha concepción bipartita (o tripartita: economía/sociedad, política/instituciones y cultura/mentalidades) que en efecto representa la realidad pero de una manera tan simple y mecánica que entorpece ver la íntima relación entre lo objetivo y lo subjetivo en todos los niveles. Mientras no seamos capaces de pensar de modo más complejo sin renunciar al juego de las determinaciones, ¿para que está la crítica historiográfica sino para denunciar los movimientos pendulares de la base a la superestructura y de la superestructura a la base?

Los primeros en criticar, internamente, el nuevo rumbo de los terceros *Annales* fueron, lógicamente, Fernand Braudel y algunos de sus seguidores. Los claros indicios de la recuperación hoy en Francia de la historia económico-social, que estará incompleta sin la recuperación de Fernand Braudel y su obra, conducen a un reequilibrio, que resume la historia de la escuela de los *Annales*, y que de llevarse hasta el final dará visos de verosimilitud a estos cuartos *Annales* que en los años noventa habrán de renovar su apuesta por la historia global.

A las recomposiciones en curso de los *Annales* y de la historiografía francesa han cooperado, se quiere o no, las críticas exteriores. Ambas cosas, críticas y recomposiciones, son la expresión de que algo está cambiando entre los historiadores de Francia desde finales de los ochenta. Renunciamos por el momento a analizar en detalle la relación —indirecta pero indudable— de esos cambios historiográficos —que contextualizan el “tournant critique” — con los cambios políticos, sociales y mentales, que desde finales

de los ochenta preparan al parecer la derrota electoral del socialismo en Francia,³⁶ y más allá de Francia, con las consecuencias previsibles de las revoluciones europeas de 1989-1991.

Desde comienzos de la pasada década convergen contra los terceros *Annales* críticas externas de origen contradictorio, de las cuales interesa comentar precisamente la dos más rotundas y mejor documentadas.

Coutau-Bégarie cuestiona en *Le phénomène Nouvelle Histoire. Grandeur et décadence de l'Ecole des Annales* (editado en 1983 pero redactado en 1980) a la tercera generación de los *Annales* desde posiciones explícitamente tradicionales, echando en 1989 las campanas al vuelo: “Las tesis renovadoras marcadas por el espíritu de los *Annales* han llegado a ser más raras. El gusto público se dirige hacia los géneros tradicionales, historia de Francia y biografías, que son sorprendentemente rehabilitados”.³⁷ Cierta confusión entre el veredicto del público lector y el veredicto de la comunidad científica (más matizado y mucho menos favorable a los “retornos”) no resta veracidad al balance que hace el autor, llevando el agua para su molino, a finales de la década. Tenemos la prueba en la dedicación última de Braudel (*Identité de la France*, 1986), de Duby y Le Roy Ladurie (*Histoire de France-Hachette*, 1987), de Burguière y Revel (*Histoire de la France-Le Seuil*, de 1990 en adelante) o de Le Goff, en trance terminal de una gran biografía del *Saint Louis*, rey de Francia.

De lo que no habla Coutau-Bégarie³⁸ es de la renovación que supone para dichos géneros tradicionales la parte mayor de dichas obras de los *Annales*. Yo buscaría el sentido innovador o tradicional no

tanto en los temas de estudio (acontecimiento, individuo, institución) o en la forma de exposición (narratividad) como en los enfoques metodológicos y teóricos aplicados, sin por ello echar en saco roto el efecto de los objetos y los medios sobre el contenido y los resultados de la investigación. La conferencia general que está previsto dicte Jacques Le Goff en el Congreso Internacional “La Historia a Debate” que estamos organizando en Santiago de Compostela para el mes de julio de 1993, *Les retours entre la passé et l’avenir dans l’historiographie*, habrá de clarificar la posición de estos últimos terceros *Annales* hacia el auge reciente de los géneros de una “historia historizante”, contra la cual nacieron los *Annales* como movimiento historiográfico. Un anticipo del sentido que para Le Goff tiene la recuperación de los géneros tradicionales para la nueva historia, y que habla además de la coherencia de los *Annales* 1969-1989, es su clarividente artículo que propone una nueva historia política que sólo hoy, veinte años después, se puede decir que responde en rigor a la actualidad historiográfica.³⁹ En 1971, Le Goff sospechaba que su planteamiento no iba a tener mucho éxito, y se lamentaba de ello: “La verdad es que la nueva historia política que he tratado de esbozar sigue siendo un sueño antes que una realidad”;⁴⁰ y continúa por consiguiente la búsqueda de unos rasgos de identidad para los nuevos *Annales*.

Si en mayo del 68 se decía “la imaginación al poder” y el poder político resultó inalcanzable para estudiantes, obreros e intelectuales, ¿de qué extrañarnos si inmediatamente después Le Goff dice que es “un sueño” la nueva historia política que nos propone, centrada naturalmente en el estudio del

poder y sus relaciones con lo social y lo simbólico? Tardaron años los intelectuales franceses en interesarse de nuevo (principios de los ochenta) por la política y el poder; en cambio se mostraron más dispuestos a investigar *L’imagination y L’imaginaire* (títulos de dos viejos libros, editados en 1936 y 1940, de Jean Paul Sartre), cuestiones que el teórico del 68 Cornelius Castoriadis puso al día en *L’institution imaginaire de la société* (1974). Cuando Le Goff vuelve a la carga, en 1974, con su nueva propuestas de una historia de las mentalidades, el terreno estaba abandonado. Pero sigamos con las críticas en los ochenta de Couteau Bégarie y Dosse; ambos coinciden en acusar a la tercera generación de *Annales* de haber abandonado la historia política...

François Dosse desde unas posiciones en aquel momento cercanas al marxismo, cuestiona globalmente a los terceros *Annales* en *L’histoire en miettes. Des Annales a la nouvelle histoire*.⁴¹ No voy a detenerme demasiado en este polémico pero necesario libro, primero porque vosotros habéis tenido ya la oportunidad de enteraros no hace mucho de qué va por boca del propio Dosse, y segundo porque ya he desarrollado extensamente en otro lugar mi crítica a la crítica de Dosse.⁴² Hay que separar el grano de la paja: las muchas verdades que escribe Dosse, y que son o deben ser asumidas, de una más que evidente subvaloración de los logros de los terceros *Annales* en beneficio de los primeros y aún de los segundos. Si bien en el caso de François Dosse —digamos en su favor que no vale sostener que menosprecie lo cultural en favor de lo económico-social—: su última obra en dos volúmenes, *Histoire*

du structuralisme (1991), todavía sin traducir al castellano, lo confirma indudablemente como un calificado investigador de la historia intelectual de la Francia contemporánea, y sorprendentemente su visión de esta nueva historia intelectual es deudora... de los terceros *Annales*, de las investigaciones de Roger Chartier⁴³ y de otras posiciones historiográficas próximas a la escuela que él crucifica como *El queso y los gusanos* de Carlo Ginzburg, puesto de ejemplo de una "historia de las ideas en su contexto material, sociocultural".⁴⁴ Estas fallas y contradicciones en la argumentación son habituales,⁴⁵ revelan algo evidente en casi todas las polémicas: no todas las razones (ideológicas, personales; conscientes, inconscientes) de la estrategia crítica de cada uno (por favor, incluidme también a mí) salen a la luz.

La verdad es que este tipo de críticas frontales (Coutau-Bégarie, Dosse) pertenecen al pasado, tanto en la forma como en el fondo; la decisión de la dirección de los *Annales* de abrir un debate sobre la orientación de la escuela a finales de 1989 y el nuevo trasfondo nacional e internacional, ideológico y mental, inducido sobre todo por los acontecimientos 1989-1991 en el Este europeo, varían netamente los datos del problema. Ahora estamos en mejores condiciones para valorar con más justicia y unanimidad la historia francesa de las mentalidades, empezando por su versión más marxista.

Los historiadores marxistas franceses han practicado, y como veremos siguen practicando una rica historia de la subjetividad mental que integra dos líneas de investigación: la historia social y la historia de las mentalidades, y no me estoy refiriendo solamente a Michel Vovelle (por lo demás uno de

los propagadores franceses de la historia de las mentalidades más conocido y mejor valorado, incluso por parte de Fontana, quien en su último libro tal vez haya iniciado ya su particular "tournant critique").

Hagamos, pues, un paréntesis para comentar que, siendo un acerbo crítico a la vieja usanza de los *Annales* y de la historia de las mentalidades, Josep Fontana saluda en *La historia después del fin de la historia* (1992) la seriedad y solidez de la investigación social de las mentalidades que practica Vovelle (valoración favorable que hace extensiva a otro como Aaron Gurevich y Roger Chartier), en un capítulo⁴⁶ donde se matizan positivamente antiguas descalificaciones⁴⁷ condicionadas por un legítimo temor a que la historia de las mentalidades abriese la puerta a derrotadas concepciones tradicionales (idealistas) de la historia que hoy en efecto retornan pero desde luego no de la mano de los *Annales*. La experiencia ha demostrado que los peligros contra la historia como disciplina científica, y como vía para cuestionar el presente y concebir un futuro distinto, no vienen ni de la historia de las mentalidades ni de la nueva historia cultural ni de la antropología histórica ni de la microhistoria ni de la sociología histórica,⁴⁸ sino que vienen de los vientos conservadores que soplan desde hace unos años en el mundo y que predicán el fin de la historia como proyecto social y demandan la vuelta a una historia trivial de batallas, reyes y grandes gestas, con harta frecuencia al servicio de la acientífica recreación nacionalista de la historia. Justamente contra el retorno de tan viejas concepciones de la historia intenta Fontana dirigir la argumentación de su libro —empezando por el mis-

mo título— con un éxito desigual. Por ejemplo, no vemos en qué puede ayudar a los historiadores de hoy tratar la interdisciplinariedad como un obstáculo temible —“cientifista”— para la continuidad y el rearme de la historia, cuando es todo lo contrario: aislada de las ciencias sociales, la historia no podrá desarrollarse, es decir, estar al día metodológica y teóricamente, como disciplina científica, ni aspirar a que sean tenidas en cuenta sus investigaciones y su contribución crítica a los problemas de hoy.

No negamos el peligro de la dilución de la historia en otras disciplinas más potentes, científica y socialmente, en un momento y/o un país dados, pero luchamos contra él en el campo de batalla de la colaboración interdisciplinar, no en el búnker de la defensa de una historia virginal, que conduce rápidamente a la esterilidad, la inutilidad y la extinción de nuestra disciplina. Por otro lado, ¿no tendría que ser la interdisciplinariedad mejor apreciada por todos los que apreciamos la metodología interdisciplinar innata en el pensamiento y el quehacer intelectual de Marx? El hecho de que existan historiadores marxistas, sociólogos marxistas, antropólogos marxistas, psicólogos marxistas, ¿no debería beneficiar la cooperación y la comprensión mutua entre practicantes de diversas ciencias sociales que tienen una base teórica en común? En fin, cerremos aquí el paréntesis y volvamos al modelo francés de una potente historia social de las mentalidades influida por el marxismo.

La tradición francesa de la historia social de las mentalidades nace de la renovación de la historiografía de la Revolución de 1789, que se inicia con *La gran peur de 1789* (1932; traducción española,

1986) de Georges Lefebvre, una de las obras fundadoras de los primeros *Annales*. *El Gran Pánico* es el estudio de un miedo colectivo en el verano de 1789 que actúa como precipitante de la insurrección en el campo: enfoque perfecto como síntesis precoz y brillante de historia social y de historia de las mentalidades. Habría que mencionar a continuación investigaciones de Albert Soboul como *Les sans-culottes parisiens de l'An II. Mouvement populaire et gouvernement révolutionnaire (1793-1794)* (1964; traducción española, 1987), que en el primer capítulo analiza la “mentalidad y composición social” de los sans-culottes, hasta llegar a la gran síntesis de Michel Vovelle: *Mentalité révolutionnaire. Société et mentalités sous la révolution française* (1985; traducción española, 1990).

La reciente novela de la historia política en Francia a partir de la historia social y de la historia de las mentalidades está dando asimismo resultados a tener en muy en cuenta para la historia de las mentalidades de los noventa. Algunos ejemplos: *Révolte et société*, actas del IV Colloquio de Histoire au Present, publicadas en dos tomos en 1989; *Mentalités et représentations politiques. Aspects de la recherche* (1989), libro futuro de la colaboración de historiadores, psicólogos, sociólogos, politólogos y sindicalistas.

Conocidos historiadores franceses marxistas, para nada sospechosos de “hacer de las representaciones mentales el motor fundamental de la historia” están últimamente (las obras que vamos a citar están todavía inéditas) preocupados por introducir la mentalidad en la explicación de los fenómenos históricos, con lo que se demuestra otra vez la irreversibilidad

de las conquistas de los terceros *Annales* y hasta que punto sería erróneo considerar agotada la veta de la historia de las mentalidades en la misma Francia. Me refiero al medievalista Alain Guerreau (que conoceréis por la traducción española —1994— de *Le féodalisme, un horizon théorique*, París, 1980) y al modernista Pierre Vilar. El primero tiene una gran obra de investigación sin publicar, sometida ya a varias revisiones, sobre las representaciones mentales en el feudalismo, cuya edición seguramente ayudaría a esa nueva historia de las mentalidades más vinculada a lo social y a la historia global que reivindicamos muchos. Y otro tanto habría que decir de la esperada aportación de Pierre Vilar —según suele contar su “último” e inacabado libro por cuestiones de salud— para la Historia de Europa que dirige Jacques Le Goff, y en la que colabora también Josep Fontana, que se va a editar simultáneamente en varios idiomas. Se trata de un análisis histórico de los nacionalismos en tres partes (según él mismo me explicó en una entrevista personal) una parte histórica, una parte sociológica y una parte psicológica. Esta pequeña historia global de los nacionalismos europeos pretende, pues, conjuntar varias vías para su explicación histórica. ¿Sabéis qué componente, de los cinco a los que me he referido al definir la mentalidad, subraya Pierre Vilar para explicar el nacionalismo como fenómeno mental? El inconsciente colectivo: los complejos nacionales de inferioridad y superioridad no conscientes. Si hay un componente de la mentalidad alejado de la base material de la sociedad es ese descubrimiento paradigmático de Freud que es el inconsciente, que el marxista Pierre Vilar quiere aplicar a un sujeto

colectivo, tomando por tanto audazmente postura en un asunto tan polémico como es la existencia o no de *inconscientes colectivos*. El freudmarxismo de Vilar entronca obviamente con una vieja tradición que tiene en Wilhelm Reich, de quien ya hemos hablado, su representante más calificado.

Visto todo esto, me pregunto, exagerando el argumento, si no serán al final historiadores marxistas quienes van a hacer en Francia —y no digamos en otros países— la historia renovada e integrada de las mentalidades que exigen esos hipotéticos —y siempre deseables— cuartos *Annales* que reivindica Carlos Aguirre Rojas y de los cuales nos va a hablar ya Bernard Lepetit, para lo cual veré de acabar de una vez mi intervención...

Bien, puede ser que no se reconozca explícitamente pero las críticas, en la década de los ochenta, al rumbo de los terceros *Annales*, han tenido bastante que ver con el mentado editorial que propone un cambio de rumbo, conocido como el “*tournant critique*”, publicado en noviembre-diciembre en el número 6 de 1989 de la revista *Annales*. Pienso que abriendo así el debate, los *Annales* han hecho honor a su historia. Y no es nada fácil para una escuela historiográfica, instalada como escuela dominante, ponerse a sí misma en discusión, seguir con la renovación, prestar oídos a las críticas.⁴⁹ La historia enseña que las corrientes intelectuales una vez instaladas en el poder no tienen quién las apee; no hay quien mantenga abierto el sistema conceptual que sirvió para tomar el poder. El caso en el que todos estamos pensando, el marxismo en el Este europeo —“marxismo catequístico”, denuncia Fontana— es paradigmático. Y el poder académico puede llegar a

ser intelectualmente tan conservador y cerrado o más que el poder político si se ve amenazado por la crítica y la renovación, vosotros lo sabéis, yo lo sé, ¿o no?

Es en consecuencia algo muy digno de celebrar, cualquiera que sea su conclusión, el debate abierto por la escuela⁵⁰ de los *Annales*, que está dando ya sus frutos. Los *Annales* vuelven a estar desde el punto de vista internacional en el centro del escenario historiográfico, sobre todo en aquellos países que tienen pendiente alguna renovación historiográfica. Tal vez el mejor problema sigue estando, paradójicamente, en cómo plantear y relanzar la discusión en la propia École des Hautes Études y en general entre los historiadores franceses: los efectos del “*tournant critique*” se están sintiendo mucho menos dentro que fuera de Francia. Me refiero en concreto a Rusia,⁵¹ México (este coloquio mismo lo evidencia) y España.⁵²

Resumo y termino mi exposición. Cualesquiera que hayan sido los defectos de historia de las mentalidades que se ha hecho en los años ochenta en Francia, su validez científica está garantizada por la profesionalidad de los historiadores de los *Annales*. Ayer defendida aquí el criterio de que hay contribuciones al conocimiento histórico válidas —en un sentido particular que hay que determinar en cada caso— vengan de donde vengan; si esto no fuese así, ¿existiría la historia como disciplina unificada, y no digamos como ciencia social? Incluso de aquellos temas e investigaciones de la historia de las mentalidades que menos elegiríamos los historiadores sociales como objeto de investigación, podemos obtener algo positivo. Me gusta poner de ejemplo la

historia del beso, en apariencia un excelso paradigma de investigación inútil y anecdótica que sigue la moda juvenil. ¿Qué se puede aprender de la historia del beso?, ¿cuál sería su valor añadido al conocimiento histórico? No estoy pensando en áreas del conocimiento histórico como la literatura y el arte, donde al estar indagando obras de ficción se amplía enormemente el campo de trabajo, sino en una historia social o una historia político-institucional, que se sirviese por ejemplo de la antropología simbólica para investigar el beso como ritual de vasallaje, sin olvidar lo principal, lo que esa hipotética historia del beso puede proporcionar a la historia de la sexualidad.

En un libro reciente, de gran interés general —entre otras cosas por el conocimiento que nos brinda de la historiografía marxista inglesa más reciente—, el autor se suma a los que propugnan como vía de renovación de la historia social por la conjunción interdisciplinar entre historia y sociología,⁵³ pero muestra las limitaciones de su opción renovadora cuando pone como ejemplo de moda intelectual que no habría que seguir... la historia del sexo.⁵⁴

Probablemente esta preferencia por el sexo para tomarse a broma entre los nuevos historiadores tiene una significación oculta, lo que sí es seguro es que refleja la ligereza —por supuesto inconsciente— con que el historiador alude en ocasiones a objetos de investigación ajenos a su concretísima especialización, pero de vital importancia para otros historiadores, para otras áreas de conocimiento o para otras ciencias sociales. ¿Cómo después de Freud un científico social puede ignorar el papel de la sexualidad en el comportamiento humano, o pasar por alto

investigaciones y teorizaciones concretas de la trascendencia de la *Historia de la sexualidad* de Michel Foucault? El que exista una horrenda historia de la sexualidad destinada a la vulgarización histórica, ¿nos obliga a descalificar también a Foucault y a una reciente y valiosa historiografía sobre la familia, el género, los modelos sociales y los comportamientos sexuales? Esperemos que el historiador futuro no eche por la borda, yo qué sé, las finanzas como tema de investigación de historia económica y social porque alguien haya escrito un exitoso libro sobre los banqueros y el jet-set; o deseche la Cámara de los Lores del Reino Unido como tema de historia institucional porque alguien haya divulgado los secretos de alcoba de sus miembros. En todo caso, el historiador futuro, si es serio, ha de considerar la influencia de la vida privada, y de los códigos morales sobre el sexo, en la historia reciente de las clases dirigentes occidentales, particularmente en los países anglosajones.

Apliquemos el mismo criterio a todas las líneas de investigación. Insistimos: no son tanto los objetos de la indagación los que condicionan la utilidad científica de un estudio, como el propio investigador con sus conocimientos, métodos aplicados y resultados obtenidos. Los temas de investigación no son ni de "izquierdas" ni de "derechas", el historiador sí; lo que pasa es que no siempre lo dice, tal vez porque pretende que a su trabajo se juzgue por sí mismo y no por las ideas políticas del autor.

¿Qué futuro auguramos a la historia de las mentalidades? Decir de entrada que la situación varía según cada situación historiográfica nacional. Unos países han ido asimilando a su modo la historia

francesa de las mentalidades (Italia, Estados Unidos, Inglaterra), entroncándola y criticándola en función de tradiciones intelectuales e historiográficas preexistentes (marxismo gramsciano, historia cultural, antropología social), que han servido para el desarpapello de vías más o menos paralelas, y siempre enriquecedoras, para el estudio histórico-social de la subjetividad humana. En cambio, en otros países ha habido, por las razones que sean, un retraso evidente, como en el caso de España.⁵⁵

En cualquier caso, existe un denominador común tocante a la factibilidad y utilidad presente y futura de la historia de las mentalidades: la necesaria fusión con los viejos modos de hacer la historia para contribuir a su renovación. Nos referimos en primer término a la historia social, asunto del que hemos hablado hoy largo y tendido, pero también a la historia política,⁵⁶ biográfica o narrativa. Disponemos de ejemplos de conjunción de la historia de las mentalidades con la historia narrativa, de los acontecimientos y biográfica en dos obras de Georges Duby: *Le dimanche de Bouvines—27 juillet 1214*, París, 1973 (traducción española, Madrid, 1988) y *Guillaume le Maréchal ou le meilleur chevalier du monde*, París, 1984 (traducción española, Madrid, 1986).

La tendencia aconsejable de la historiografía hacia un referente global que permita superar la fragmentación actual de los objetos y de los métodos, podrá favorecer esta integración que estamos planteando de la historia de las mentalidades en la historia a secas. De forma que "perdiendo" su autonomía —que ya ha permitido su desarpapello como disciplina—, la historia de las mentalidades contribuirá

en mejores condiciones con sus conceptos y técnicas, preguntas y respuestas, descripciones y explicaciones, a renovar otros géneros historiográficos al tiempo que se renueva a sí misma.

Se trata de visitar la historia, esta vez con base en el sujeto, pero sin abandonar el punto de vista objetivo, lo cual nos lleva de nuevo a la historia total, piedra de toque sin lugar a dudas de toda renovación historiográfica en el umbral del nuevo milenio, tanto para unificar objetividad/subjetividad o distintos enfoques metodológicos y temáticos, como para intensificar la interdisciplinariedad de la historia con las restantes ciencias sociales y humanas o para aprovechar al máximo las posibilidades investigadoras de la comparación y el cambio de escala (microhistoria/macrohistoria).

Se trata de enriquecer e incluso de desmentir, según los casos, la determinación económica en última instancia, estudiando la determinación mental en primera instancia, punto de vista bastante inédito que, sobre todo en el tiempo corto de las coyunturas, explica muchas veces más los hechos que la causalidad material, cuya eficacia histórica por lo demás no tiene duda, sobre todo en los tiempos medios y largos de las estructuras. Estamos hablando, claro está, de la mentalidad como cooperante de la acción humana y como factor de cambio; la pertinencia de la mentalidad como factor de resistencia cultural corresponde más bien, como sabemos, a la larga duración.

En suma, ¿cómo *mélanger* la historia subjetiva con la historia objetiva? Pues llevando a cabo un análisis concreto de la situación concreta (como dijo un famoso filósofo ruso de principios de siglo). El

buen oficio del historiador es la regla principal si se quieren averiguar las interrelaciones que aseguran la investigación global de un hecho histórico. El conocimiento histórico acumulado, las grandes regularidades verificadas, la mejor historia teórica o metodología aplicada no pueden sustituir el papel del historiador individual —o mejor aún, colectivo; la superespecialización actual compele a la coordinación y la síntesis— a la hora de calibrar la relación compleja entre mentalidad/política/sociedad/economía en la historia.

Nada más, muchas gracias por vuestra atención.

NOTAS

- 1 Miembro hoy del comité de dirección de la revista *Annales*, y hasta hace muy poco su secretario de redacción.
- 2 En 1975 se funda la École des Hautes Études en Sciences Sociales a partir de la Sexta Sección de l'École Pratique des Hautes Études.
- 3 *Tras las huellas del materialismo histórico*, Madrid, 1986, pp. 30-33; véase también Carlos Aguirre Rojas, "De *Annales*, marxismo y otras historias. Una perspectiva comparativa desde la larga duración". *Secuencia*, núm. 19. México, enero-abril de 1991.
- 4 Javier Gil Pujol ha estudiado este tema en *Recepción de la escuela de Annales en la historia social anglosajona*, Madrid, Fundación Juan March, 1983, pp. 26-32.
- 5 En la traducción española, en 1981, de *El queso y los gusanos* es presentado Ginzburg por la editorial Muchnik como un joven investigador ligado "a las tendencias de la revista *Annales* y del seminario parisino de Le Goff".
- 6 "La mentalidad: una historia ambigua", p. 85 de la versión española.

7

8

- ⁵ En la traducción española, en 1981, de *El queso y los gusanos* es presentado Ginzburg por la editorial Muchnik como un joven investigador ligado "a las tendencias de la revista *Annales* y del seminario parisino de Le Goff".
- ⁶ "La mentalidad: una historia ambigua", p. 85 de la versión española.
- ⁷ *El queso y los gusanos. El cosmos, según un molinero del siglo XVI*, Barcelona, 1982, pp. 25-26.
- ⁸ *Indagini su Piero, Il Battesimo, il ciclo di Arezzo*, la Flagellazione di Urbino, 1981.
- ⁹ En la última obra colectiva de los terceros *Annales*, dirigida por André Burguière, el *Dictionnaire des Sciences Historiques*, editado en 1986, no consta la voz "microhistoria".
- ¹⁰ "La microhistoire. Une vue de l'extérieur", en *Problèmes et objets de la recherche en sciences sociales*, París, EHESS, 1988.
- ¹¹ La traducción española, publicada por editorial Nerea en 1990, respeta el título original italiano.
- ¹² Los redactores del editorial sobre el "tournant critique" no lo sabían, pero nosotros ahora sí: el viraje intelectual que propugnan para *Annales* coincide con un viraje intelectual y político en el mundo de grandes proporciones, que a su vez condiciona el desenlace final del debate francés y nos obliga a todos a revisar y poner al día nuestras concepciones ya sea historiográficas o bien filosóficas, o incluso políticas.
- ¹³ Un análisis de los viajes de estudio de los investigadores de la *École des Hautes Études* al extranjero y de la lista de los *directeurs d'études associés* de otros países invitados por aquella fundamentarían sin duda esta afirmación.
- ¹⁴ París, 1985, Madrid, 1988.
- ¹⁵ El fenómeno se volvió a repetir con la biografía del conde duque de Olivares de John Elliot.
- ¹⁶ Que en nuestro caso se solapa con el renovado interés por el retorno de las viejas historias, véanse si no las nuevas biografías de Azaña y Lerroix publicadas en 1990 por Santos Julia y José Álvarez Junco, respectivamente (reseñadas por Manuel Tuñón de Lara y Demetrio Castro en *Revista Contemporánea*, Bilbao, núm. 5, 1991).
- ¹⁷ *Historia y conciencia de clase*, Barcelona, 1975, p. 55.
- ¹⁸ Tom Bottomore, dir., *Diccionario del pensamiento marxista*. Madrid, 1984, p. 156.
- ¹⁹ Vistos los componentes mentales y de psicología profunda que introduce Reich en el término *ideología* sería más riguroso sustituirlo por el concepto de mentalidad, mucho más amplio; Althusser comete el mismo error conceptual cuando escribe sobre los aparatos ideológicos del Estado; esta imprecisión clásica en el marxismo que tiene su origen en una tradición subvalorada de los factores no ideológicos (racionales y conscientes) está tan arraigada que afecta incluso a aquellos marxistas críticos que amplían creadoramente su campo de interés a todo lo psicológico, pero siguen utilizando definiciones restringidas como conciencia e ideología.
- ²⁰ Por ejemplo, Engels se quejaba, en 1984, del "desdén imperdonable que se advierte en la literatura (en Alemania) hacia la historia económica", *Obra escogidas*, II, Madrid, 1975, p. 540.
- ²¹ Los medios audiovisuales e informáticos de comunicación social han venido a reforzar a finales del siglo XX los mecanismos intelectuales basados en la cultura oral y las imágenes.
- ²² El mismo Jacques Le Goff escribe, en 1971, lo siguiente de *La Méditerranée et le monde méditerranéen de Philippe II* (1949) de Braudel: "es el libro más grande producido por la escuela de los *Annales*", *Lo maravilloso y lo cotidiano en el Occidente medieval*, Barcelona, 1985, p. 147.
- ²³ François Dosse subtítulo en 1987 un libro del que más adelante hablaremos, *L'histoire en miettes*, así: *Des "Annales" a la "nouvelle histoire"*.
- ²⁴ Véase si no lo que decimos en la nota 12.
- ²⁵ *Hacer la historia*, volumen III, Barcelona, 1980, pp. 81-98.
- ²⁶ *Loc. cit.*
- ²⁷ *Ibid.*
- ²⁸ *Ibid.*
- ²⁹ En función de la experiencia obtenida al elaborar nuestra tesis doctoral, *Mentalidad y revuelta en la Galicia irmandiña: favorables y contrarios*, Universidad de Santiago de Compostela, tesis doctoral en microficha núm. 46, 1989.
- ³⁰ *Annales*, núm. 16, p. 10.

- ³¹ Quien entonces defendía una posición que bien podemos denominar marxiste-annaliste, cuyos representantes franceses más destacados eran y son, Pierre Vilar y Michel Vovelle, coautores asimismo de dicha obra dirigida por Jacques Le Goff, Roger Chartier y Jacques Revel.
- ³² Artículo que en el año 1988 fue de nuevo seleccionado por Le Goff para una reedición parcial de la obra en francés; ese mismo año el libro completo fue traducido al español, *La nueva historia*, Bilbao, Ediciones Mensajero, 1988.
- ³³ *La nueva historia*, p. 432.
- ³⁴ Véanse si no las aportaciones de Bloch, Febvre y Braudel a la concepción de la historia, y las enseñanzas del materialismo histórico y de los historiadores marxistas en el terreno de los problemas, los enfoques y los temas.
- ³⁵ *Loc. cit.*, p. 446.
- ³⁶ Apuntar solamente un dato precedente aunque referente a otros países: durante los gobiernos de Margaret Thatcher y de Ronald Reagan en Inglaterra y Estados Unidos, respectivamente, tuvo lugar por reacción en la historiografía, y en el mundo académico en general, una notoria recuperación de la incidencia del materialismo histórico, un giro a la "izquierda" en los valores que más influyen en la coyuntura intelectual.
- ³⁷ Prólogo a la segunda edición de *Le phénomène Nouvelle Histoire*, París, 1989, p. VII.
- ³⁸ Ni tampoco François Dosse en sus últimos trabajos: "L'écoles historiques", *L'histoire en France*, París, 1990, pp. 22-28; "La historia contemporánea en Francia", *Historia Contemporánea*, núm. 7, Bilbao, 1992, pp. 17-30.
- ³⁹ "Is Politics still the Backbone of History?", *Daedalus*, verano de 1971, pp. 1-19; traducción francesa, "L'histoire politique est-elle toujours l'épine dorsale de l'histoire?", *L'imaginaire médiéval*, París 1985; traducción española, "Es la política todavía el esqueleto de la historia?", *Lo maravilloso y lo cotidiano en el Occidente medieval*, Barcelona, 1985.
- ⁴⁰ Véase la p. 177 de la versión española.
- ⁴¹ París, 1987; publicado en español al año siguiente por Edicions Alfons el Magnànim, Valencia.
- ⁴² "La Nouvelle Histoire y sus críticos", *Manuscrits. Revista d'Història Moderna*, Barcelona, núm. 9, 1991.
- ⁴³ "La historia contemporánea en Francia", p. 27.
- ⁴⁴ *L'histoire en France*, p. 27.
- ⁴⁵ ¿No cae Josep Fontana en la misma contradicción cuando aplaude el materialismo cultural de E. P. Thompson y su renovador "interés por los mecanismos de formación de una conciencia colectiva", y envía al infierno en bloque y sin pasar por el purgatorio a la historia francesa de las mentalidades?, *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona, 1982, p. 243; *Manuscrits*, núm. 2, 1985, pp. 32-36.
- ⁴⁶ *Loc. cit.*, pp. 101-112.
- ⁴⁷ Comparémoslo si no con la intervención de Fontana en la mesa redonda que organizó la revista *Manuscrits* en su segundo número, basada en un truculenta identificación de la historia francesa de las mentalidades no con Duby, Le Goff, Mandrou, Dupront, Agulhon o Vovelle (que considera marginal), sino con Philippe Aries a quien ataca sobre todo por sus posiciones políticas y por no ser historiador de oficio: "home d'extrema dreta, historiador 'domingue-ro'..."; *Manuscrits*, núm. 2, 1985, p. 32.
- ⁴⁸ Las críticas destructivas confunden lamentablemente innovación con moda al juzgar estas subdisciplinas y desvalorizan lo primero en nombre de lo segundo, olvidando que también el marxismo fue una moda intelectual en los sesenta y buena parte de los setenta, y ello no impidió su impronta renovadora en las ciencias sociales.
- ⁴⁹ Y defenderse de ellas, puesto que como suele suceder las críticas son con frecuencia excesivas, a causa de los intereses en juego; concretamente, los historiadores de la escuela se han quejado, con toda la razón del mundo, que los hipercríticos no leen la revista desde hace varios años.
- ⁵⁰ El "tournant critique" si algo prueba es que la dirección de *Annales*, o una parte de la dirección de *Annales*, diga lo que diga, quiere continuar de algún modo funcionando como escuela de historiadores: democracia y abierta, sin jerarquías asfixiantes ni libros sagrados ni culto a la personalidad, proyectada internacionalmente e interconectada con otras corrientes, historiográficas e intelectuales, pero escuela al fin y al cabo.
- ⁵¹ Celebración en Moscú del Coloquio Internacional sobre *Annales* con motivo del 60 aniversario de la revista en 1989.

